

MARGA CLARK, MARÍA ELENA MARTÍNEZ ABASCAL, MARIANA COLOMER, *El ángel, la musa y el duende: tres voces poéticas*. Valentí Gómez i Oliver, coord., Barcelona, Residència d'Investigadors CSIC-Generalitat de Catalunya, 2015, 49 pp; y MARIANA COLOMER, *La indigente*, Madrid, Huerga y Fierro, 2016, 52 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH  
Universidad de León

Resulta no poco interesante la lectura del pequeño volumen que, con el título de reminiscencias lorquianas, *El ángel, la musa y el duende*, reúne versos y reflexiones teóricas de tres poetisas españolas. Y el interés al que aludía no se circunscribe a los versos que contiene este libro, sino a los postulados con que se presentan las respectivas poéticas. Me referiré primero a las de Clark y Martínez Abascal, y al perfil más singularizador de sus obras antes de comentar la poética de Colomer, refrendada con una nueva entrega lírica, *La indigente*.

Una cuestión previa antes de sintetizar al máximo las poéticas que preceden a las creaciones mismas es referirme al hecho tan común de que los poetas suelen ofrecer como constataciones de rango universal lo que son meramente sus puntos de vista propios. Y es justo por ser propios, y sin más alcance que el de colaborar en el entendimiento de su obra literaria, lo que les hace valiosos para el análisis de la misma, no una universalidad pretendida que dista de serlo, porque la historia universal de la poesía

no es uniforme, sino múltiple en logros de vario perfil.

En Marga Clark y María Elena Martínez Abascal, su planteamiento teórico tiene semejanzas sustanciales, no siendo ocioso que ambas coincidan en citar a José Ángel Valente en sus reflexiones. La primera define la poesía como «el alma en busca de los misterios», concibiéndola la segunda como el «germen del misterio». Para las dos es clave, por tanto, referirse al misterio, y hacerlo en un lenguaje formulado en prosa que colinda con el lenguaje poético expresado en sus versos. Se advierte mucha proximidad de concepto con Valente y su mística del misterio, aunque esa mística es compartida por bastantes poetas contemporáneos.

En Marga Clark percibo dos aspectos muy remarcables, uno de índole teórica, y otro temático. Por lo que hace al primero, subrayo el hallazgo de decir que en la creación del poema no la asisten musas, duende ni ángel alguno, sino que más bien se siente, por el contrario, desasistida de cualesquiera de esas ins-

tancias cuando la creación poética surge. Tocante al segundo, subrayo ese diálogo directo con la muerte que se despliega en su conjunto de 2014 *Olvidada de mí*, un diálogo amigable, si se quiere amoroso, siempre íntimo.

En Elena Martínez Abascal la primacía la ostenta en todo momento la reflexión acerca de la génesis de la palabra poética, que extraería en el poeta su voz más profunda, a la vez que esta será decisiva en crear el ser mismo de quien la enuncia. Una gran finura y transparencia líricas caracterizan el cristalino decir espiritual de esta autora tan atenta en la forja y plasmación de su lenguaje literario.

En su poética, Mariana Colomer no menciona la palabra misterio, aunque el pensamiento teórico de la autora sobre qué sea la poesía no dista de dicho concepto, si bien no responde al que acostumbra a formular la crítica de poesía contemporánea para referirse a una poética determinada, sino que, de acuerdo con sus convicciones religiosas cristianas y católicas muy hondas, el misterio en su palabra lírica es crístico, y nada tiene que ver con un supuesto conocimiento de una realidad oculta.

Mariana Colomer considera que la creación lírica está vinculada al comportamiento, puesto que resulta condición indispensable para que brote el haber alcanzado una determinada pureza interior. Por consiguiente, es de índole religiosa, pero de acuerdo con la concepción cristiana de las cosas. Sin esa pureza el

don creativo, que vendría de «lo Alto», no podría producirse.

Por tanto, no es extraño que la dicente asegure que escribe «sin mérito», y que lo que escribe es «la Encendida Palabra que redime». Esa palabra no puede ser sino redentora, ya que la otorga el Redentor. Esa teorización entronca con un planteamiento que se ha efectuado muchas veces en la poesía española, y recuerda la dialéctica tradicional entre ascética y mística que alimenta el misticismo cristiano, y que demanda una previa ascesis preparatoria del alma para recibir a Dios.

*La indigente* es la entrega poética quinta de Mariana Colomer, quien con anterioridad había estampado los cuatro conjuntos siguientes: *Crónicas de altanería* (1999), *La gracia y el deseo* (2003), *Libro de la suavidad* (2008), y *Salir de mí* (2012). Dichos libros ya contenían, a través de sus títulos, sendas alusiones al factor religioso y aún místico que los sustentaba. Esa vertiente aflora en la connotación sanjuanista de la voz «altanería», alusiva a la caza cetrera de amor del abulense sintetizada en el estribillo «que le di a la caza alcance». También aflora en el término «gracia» en su acepción sacra; en la palabra «suavidad», tan frecuente en la literatura religiosa áurea; y en la expresión «salir de mí», que trae a la memoria de nuevo a San Juan de la Cruz (recuérdese el «salí sin ser notada» del ama en «Noche oscura»).

En este último conjunto, el concepto «indigente» con el que se califica el alma alude a las carencias del ser humano a

partir de las cuales el alma puede alcanzar, sin embargo, la dimensión mística. Y la puede alcanzar porque si el alma es indigente, y se creó a imagen y semejanza de Dios, entonces Dios es también indigente, y se presenta como tal. El alma ha de reconocer su indigencia, y puede ascender cuando reconoce a Dios como indigente y se entrega al también indigente reconociendo en él a Dios.

El título es interpretable asimismo como pobreza de espíritu, pero en expresión de sentido evangélico, conforme a la primera de las bienaventuranzas, que dice literalmente «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo, 5, 3). Dada la extraordinaria importancia que las bienaventuranzas tienen en el franciscanismo, puede decirse que la dimensión evangélica y franciscana de *La indigente* comienza en su titulación misma.

Obra ilustrada en la cubierta con una alegoría alada del alma, se abre y se cierra con sendos poemas inspirados por el alma, haciendo el primero de pórtico introductorio de la obra. *La indigente* se estructura en tres secciones que suman en total 40 poemas, repartidos en número desigual en las tres agrupaciones de los mismos (16, 19 y 5), no siendo descartable que tanto ese número tres como ese cómputo de cuarenta tengan una lectura mística, en base a los respectivos simbolismos estructurales que ambos números implican en el Cristianismo y en obras literarias de índole cristiana.

Y tampoco descartaría que el número mucho menor de composiciones de la

parte tercera respecto a las que tienen las que la preceden, un número que acaso no casualmente es otro número emblemático en la tradición mariana, el cinco, también albergue algún significado, porque ahí se juntan poemas en los que la hablante acepta ser un humilde eslabón más en la cadena de la sucesión humana.

El sentido del libro se lo confiere, a mi entender, la autobiografía espiritual y mística de la voz que nos habla en *La indigente*. Esa autobiografía se plasma en tres momentos distintos y enlazados, y que se reflejan en los poemas de cada una de las secciones. En los de «Amor primero» se poetizan las huellas místicas originarias, expresadas en la metáfora «Jardín de la Luz», desde las que la hablante irá descubriendo la llamada divina hacia y por la senda ascensional. Esa llamada se descubriría con nitidez cuando Dios se mostró «con rostro mendicante», idea bien franciscana.

En los poemas de «En la orilla de la Luz» se poetizan aspectos de la simiente fecunda que su madre sembró en la hablante, y que ha ido floreciendo con la experiencia de la vida, y el desprendimiento, sobre todo a través de la maternidad y el darse al otro. El ejemplo materno que heredó supuso ir descubriendo «la belleza del ser en la indigencia», en seres humanos y en otros animales, en la estela franciscana, lo que ilustra bien el siguiente poema: «Cuando mi madre curaba las alas/ maltrechas del jilguero sin un nido,/ la patita quebrada del perro de las calles,/ el ojo lastimado del gato sin jardín,/ también la soledad del

pobre, soledad/ de quien vino de tierras muy lejanas/ cuando en su mano comía la raposa...»

Una conducta así tiene buen ganado un lugar «En la orilla de la Luz», sobre todo porque ilustró muy bien algunas de las bienaventuranzas, por ejemplo aquellas que llaman bienaventurados a los mansos, a los pacíficos, a los misericordiosos, y sobre todo a los «limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo, 5, 8). Acceder a esa visión requiere la muerte, no vista con temor, sino como amiga, lo que está muy acorde con la manera de aceptar la muerte propia de la tradición de los santos cristianos, y en particular de San Francisco.

La tercera sección lleva el título mariano «Hágase», y el número de sus textos es mariano también, como arriba se dijo. En ese grupo de poemas se poetiza la disponibilidad absoluta de la dicente para, al igual que su progenitora, querer ser madre para así contribuir a la glorificación de Dios con la parte que le toca en la fluencia sucesiva de la vida.

La poesía que ofrece a los lectores Mariana Colomer en este libro está en es-

trecha consonancia con la de sus conjuntos anteriores. La representación poética que en su obra se percibe no pretende ser la de la realidad histórica, sino la de una realidad leída en clave de símbolos cristianos y evangélicos. Y las emociones que en sus versos se expresan se relacionan también con esa perspectiva.

Piénsese por ejemplo en un concepto tan reivindicado actualmente como el del cuerpo de la mujer y sus derechos. En *La indigente* aparece también el cuerpo femenino, pero como ámbito carnal de maternidad conscientemente asumida para dar a luz a otros cuerpos portadores de almas.

En *La indigente* no se vale la poeta de los recursos literarios que pueden leerse habitualmente en poesía, sino que se recurre sobre todo a aquellos modos de expresarse que son característicos de la literatura mística, entre los que destacan el símbolo, la alegoría, la metáfora, y la exclamación, pero no una exclamación marcada a través de los signos de ortografía correspondientes, sino sin ellos, como una exclamación serena, sosegada.